

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Coronada con doce estrellas.*

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina enojada con oro de Ofir».*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 20-27a): *Primero Cristo como primicia.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *Bendita tú entre las mujeres.*

El 1 de noviembre de 1950, el papa Pio XII, declara como perteneciente a la fe de la Iglesia: *«Que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial».*

Esta expresión *«Asunta al cielo»* está relacionada con esta: *«Nació de Santa María Virgen»*. Este acontecimiento en que el Hijo de Dios nace de Santa María, es el acontecimiento salvador definitivo que ha transformado radicalmente la situación total del mundo. Así la salvación definitiva del mundo por la gracia de Dios se ha hecho presente por lo que aconteció en María y mediante María. Así podemos decir que María es la perfectamente redimida y el futuro de la Iglesia es ya presente en María, y también que la Iglesia es perfectamente redimida, si no en todos sus miembros, sí realmente en María.

La Asunción de María no es, pues, simplemente una liberación de la corrupción de la muerte, se trata de llevar a plenitud toda la realidad humana (alma y cuerpo) de María que llega en la Asunción a su total y definitiva plenitud, poniendo de relieve el valor de la persona humana que está llamada y destinada a la contemplación de la gloria de Dios. Hablar de la Asunción de María es, pues contemplar un misterio que solo se entiende a la luz del Misterio Pascual de Jesucristo, vencedor único y definitivo del pecado y de la muerte.

Y el –Vaticano II– presenta a María, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, como *«imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura»* y como *«signo de esperanza cierta y de consuelo para todo el Pueblo de Dios al que precede con su luz».*

Pues bien, en una Iglesia que quiere ser de verdad *«Iglesia pobre de los pobres»*, creer en la asunción de María es proclamar que aquella mujer que dio a luz en un establo entre animales, cuyo corazón fue traspasado por una espada de dolor, que compartió la pobreza, la humillación, la persecución y la muerte violenta del Hijo, que estuvo a su lado al pie de la cruz, madre del condenado, ha sido exaltada.

Así como el crucificado es el resucitado, la dolorosa es la Asunta a los cielos, la gloriosa. La que participó con los discípulos de la primera Iglesia, siendo discípula ella misma, de las persecuciones, el miedo y la angustia de los primeros tiempos, es la misma que, después de una muerte ciertamente humilde y anónima, ha sido elevada a los cielos. La Asunción es la culminación gloriosa del misterio de las preferencias de Dios por lo que es pobre, pequeño y desamparado en este mundo, para hacer brillar ahí su presencia y su gloria.

«Me felicitarán todas las generaciones», profetizó María de sí misma en un gesto de desafío al olvido del futuro. Los católicos la invocamos llamándola *“vida, dulzura y esperanza nuestra”*. Es un canto de vida y esperanza, conceptos que se condicionan e implican mutuamente, porque por una parte no es posible la esperanza donde no hay vida y por otra, una vida sin esperanza sería como un callejón sin salida, como un túnel que no se abre a la luz.

De hecho, nos pasamos la vida esperando y ansiando nuevas metas: esperamos que llegue el verano, las vacaciones, y una vez pasadas empezamos a esperar que llegue otra cosa. Espera el niño ser joven vigoroso y fuerte, y éste espera consolidar su vida... el anciano desearía poder empezar siendo otra vez niño. No se equivoca en este presentimiento. No puede volver a nacer en el sentido del bíblico Nicodemo, pero sí en el sentido de nacimiento para la nueva vida en Dios sin metas ni esperanza porque todo es ya posesión.

María fue llevada a diferencia de Jesús que ascendió. Significa que María fue introducida en cuerpo y alma en la gloria del cielo, con Dios, después de cumplir su misión en la tierra. María posee lo que los demás esperamos. La *“humilde esclava del Señor es llena de gracia”*, (una fidelidad que debemos imitar); la *“asunta al cielo es la llena de gloria”*, (señuelo fiel de nuestra esperanza). Llegó ya a la meta gloriosa a la que está destinado todo ser humano.

La fe en el cielo compromete a tomar en serio las realidades de la tierra. Todo cuanto se hace (hacemos) tiene un valor. El primer valor es el hombre (cualquier ser humano). El ser humano es el mayor valor de la creación, mayor que el templo, mayor que la ley y el sábado, se le debe considerar en su totalidad de origen, realización y destino. Todo lo que ayuda a la realización de ese destino es humanismo, lo que se opone es antihumano.

Dios se hizo servidor del hombre y María se declaró esclava del Señor en beneficio del mundo. *«En María se encuentra de forma perfecta el fruto de la redención. En ella está inaugurada y representada la Iglesia gloriosa del mundo que nos espera»* (Vaticano II).